OTRAS RAZONES

PAISAJE MORAL

Apenas han bastado veinticinco años, sin memoria del inmediato pasado, para que en este pueblo sin norte cambie por completo el paisaje moral de sus emociones y sentimientos. Menos trágico que ridículo, el entorno social ha ganado en cercanía de horizontes vitales lo que ha perdido en líneas de contraste ideológico. Es, desde luego, mucho menos sombrío y mucho más sórdido. Estando más libre de obstáculos exteriores y de temores internos, presenta una mayor variedad para las sensaciones físicas de los cuerpos y, no obstante, una menor riqueza para el aliento de las pasiones nobles del alma. El afán de seguridad y tranquilidad, instalado irremisiblemente en los corazones, gana todo lo que se pierde en esperanzas y proyecciones. Perspectiva de dinero, evasión y fama.

Las dos grandes pasiones que perfilan los contornos del paisaje urbano, la ambición del demérito a la distinción cívica y la mitomanía como signo de la libertad de expresión, han marcado tanto sus trazos sobre el pespunte de las propensiones naturales a la degradación del carácter, que están a punto de convertirse, a causa de su ingrata invasión del espacio familiar y educativo, en los rasgos característicos del panorama español a comienzos del siglo XXI. Y, además, las pasiones derechamente delictivas, aquellas que sólo desplegaban sus silenciosas alas, para depredar cosas escondidas y depravar almas perdidas, a la puesta del sol de las conciencias, mantienen ahora a plena luz del día la vida de unos partidos que, por ser partes constitutivas de la NADA, comparten, reparten e imparten TODO, al cobijo del astro frívolo de complacencias.

Los escritores europeos del romanticismo que visitaron España en el XIX, creyeron encontrar en el orgullo pintoresco la cualidad distintiva y atrayente de los español. Pero nosotros descubríamos, en la rastrera envidia, el vicio nacional. El digno orgullo, esa rara virtud de la grandeza moral que disuelve el ligero vicio de la vanidad y el tinte infantil del amor propio, se esfumó como sentimiento preponderante al par que la hidalguía arruinada, el bandolerismo justiciero y la vida del espíritu. Mientras que la envidia mediterránea, ese subproducto moral de la competencia en la miseria, sólo pudo acceder a la categoría de carácter nacional cuando la seguridad en los medios de subsistencia estaba unida a los puestos en el Estado, a la influencia familiar y a la buena fama, sin que la responsabilidad profesional tuviera credenciales en la exigüidad de los mercados.

Las fuentes industriales del bienestar familiar arrumbaron hace tiempo el orgullo de las clases nobles. El del espíritu murió en la postguerra civil y aún no ha levantado su vuelo. Y la reciente prosperidad en el amplio sector de los servicios ha mermado, con fáciles oportunidades de ganancia, la famosa envidia de la clase media. Acosadas por el furor de la ostentación y la ambición de nuevo rico que han traído consigo la reciente riqueza pecunaria de las autonomías regionales y las «tangentes» a la italiana, las clásicas pasiones atribuidas antaño, con poco fundamento, a los españoles, viven retiradas en los cotos reservados a la vida del espíritu (orgullo), donde aún germina y florece algún hermoso ideal de persona, y en la desoladora planicie de la frustración social (envidia), donde se agostan y aniquilan mutuamente como las ilusiones de cosecha en los barbechos. Ni el noble orgullo, por desgracia, ni la vil envidia, por fortuna, pueden ser ya las pasiones dominantes en España. La vanidad y los celos han ocupado sus plazas en posición subordinada. Y una nueva pasión principal, la emoción de corromperse, orienta todo el movimiento sentimental del paisaje moral, como la montaña y el mar ordenan el curso de la vida en los valles y ríos de los paisajes naturales.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

SEATTLE, FIN DE SIGLO

La cumbre –o reunión más modestamente– de Seattle ha venido a coincidir curiosamente con el fin de siglo y de milenio. Digo curiosamente porque dicho encuentro –en el cual se han reunido las diversas acepciones del vocablo «encuentro» desde la pura coincidencia física hasta la del choque– nos ha deparado una escenificación sumamente viva del momento que vivimos e incluso del siglo que se cierra.

Ha sido, en efecto, como una obra teatral en que se representa el drama de nuestro tiempo. Sobre el escenario, tres actores que podríamos materializar como coros, pero también personificar en un personaje representativo. En primer lugar, los grandes mercaderes que habían acordado reunirse para planificar su dominio del mundo y el reparto de beneficios. Hay que insistir en que se trata de los grandes, poderosos mercaderes y sus delegados políticos, representados en la OMC –o WTO en lengua inglesa– no del pequeño o mediano comerciante, también del productor, cada vez más estrangulado por la presión concentrada –como he analizado en anteriores artículos– de los pesos pesados de la economía. En frente de ellos, en el agonismo que debe animar toda obra teatral, y reflejando la realidad de las masas que han salido a la calle, para expresar su protesta ante la destrucción humana y ecológica que el cerrado dominio, cada vez más ambicioso, de las grandes empresas está produciendo.

Y entre ambos agonistas, al servicio y a las órdenes del primer actor, las diversas fuerzas de policía, armadas hasta los dientes, la Guardia Nacional, agentes del orden ya establecido y del aún más duro que se quiere imponer, es decir, del desorden desde el punto de vista de una racionalidad planetaria, que acoja los intereses del conjunto de la humanidad y de la conservación de nuestro medio natural.

¿Los espectadores? Están en su hogar, ante las pantallas de televisión. Asombrados. Son la «mayoría satisfecha» según la describió y bautizó agudamente Galbraith. Pequeños beneficiarios de dicho orden-desorden, a quienes llegan las miajas, bastante importantes, del reparto de plusvalía, que acumulan cuantiosamente los organizadores de la fiesta. Se encuentran perplejos. ¿Tal rebeldía en los propios Estados Unidos? ¿No escuchan cotidianamente, olvidando los «homeless», la mortalidad infantil en los barrios, digna del Tercer Mundo, los altos índices de analfabetismo, que el bienestar y la economía son un éxito en esta modélica tierra? Si no pueden mirar el entorno inmediato, más allá de sus urbanizaciones, ¿cómo pueden levantarse a otear el panorama del mundo? Es lo que han hecho los miles de sublevados que se encuentran en la calle. Han alcanzado la atalaya desde la cual se hacen patentes la miseria y la desesperación de la «inmensa mayoría» lacerada por el actual sistema económico.

Hace breves días en estas mismas páginas de «Otras razones» escribía Joaquín Navarro un pertinente y bello artículo sobre la «Basura quemada en Seattle». La basura es mucha, pero la hoguera aún demasiado pequeña. Yo propondría al lector que vea en Seattle una escenificación sintética del siglo que muere. Y, especialmente, de la galopada final del capitalismo, tras el desplome del «socialismo real» y de la ofensiva contra el Estado de Bienestar, hacia la voracidad depredadora. Una ofensiva apoyada por la fuerza, cuando oye los gritos de protesta. Fueron, hace décadas, los fascismos. Hoy la represión policial contempladas en Seattle. Pero la obra podría llevar por título «El fracaso de la mitología del mercado». Y del pensamiento único, también. Ha sido un chispazo de lucidez popular, acompañado por el fracaso interno del diálogo que ha confrontado a los mercaderes. Y esperemos que anuncie un despertar en el siglo que va a nacer.

Carlos PARÍS

EL JUICIO QUE VIENE

Al espía judicial de *Juan Bravo* le llegó el otro día una interesante reflexión de una persona nada sospechosa de simpatía por los encausados en el «caso Lasa-Zabala», pero muy conocedora de los entresijos del proceso, que le llenó de perplejidad. Dijo esta fuente no contaminada: «Con las pruebas que ahora existen, se podría pensar, con un altísimo número de probabilidades, que el veredicto podría ser absolutorio». El dato dejó en cuadro al espía, porque pensaba, como piensa media España, que los procesados estaban ya virtualmente condenados. ¿Será verdad, como esgrimen las defensas, que no hay una sola prueba consistente contra los acusados? No lo sabemos, pero lo que sí conocemos es la polvareda que montarían algunos si tal absolución se produjese. En todo caso, habrá que confiar esta vez en el fino criterio y en la objetividad de los jueces para que del juicio no salga, en un sentido u otro, una «decisión política». Buena está la Justicia como para permitirse que quede la sombra de la duda sobre una condena sin pruebas para congraciarse con un sector de opinión, o de una absolución no motivada para ser esgrimida en otras circunstancias escabrosas. En todo caso, es la primera vez que a *Juan Bravo* le llega de voz neutral la posibilidad de absolución; y eso es noticia.

Juan BRAVO